



El destino final de Dayu Matsumura

Ángeles en Tokio III

Naru Ishida

No está permitida su libre distribución ni intento de plagio.

www.naruishida.com



Capítulo 2

El partido

Los primeros rayos de sol iluminaron la cama donde dormía plácidamente Seiya Ryusaki. El día anterior había estudiado hasta tarde y no le apetecía nada levantarse. Se despertó lentamente, estirando todo su cuerpo a la vez que bostezaba. Había pequeñas lágrimas en sus bellos ojos de un azul celeste. Sus manos se pasearon por toda la cama y la derecha se topó con algo. Lo cogió para ponerlo ante su vista, era una pluma de color negro.

— ¿Dayu? —susurró con voz ronca. De pronto recordó lo que había sucedido la noche anterior y se ruborizó, enterrando a continuación su cabeza bajo la almohada mientras sonreía. Ahora se encontraba solo en la cama, pero olía a él, todo olía a aquella esencia salvaje donde hacía unas horas había hecho el amor con su ángel. Tuvieron que pasar un par de minutos hasta que se dio cuenta. A toda prisa, Seiya miró el reloj que había sobre la mesita.

— ¡Maldición! ¡Llegaré tarde! —exclamó mientras saltaba de la cama y se vestía corriendo. Al ponerse sus estrechos pantalones negros cayó al suelo. Pero como si nada se levantó y se dirigió al cuarto de baño, nervioso. Se arregló lo mejor que pudo, peinándose su pelo negro azabache que estaba hecho un lío. Aunque a Seiya no le hacía mucha falta arreglarse pues incluso al natural y sin el maquillaje, era una belleza. Su piel era blanca y suave como la de

un niño, pero él ya era un hombre. A pesar de todo, tras asearse, maquilló ligeramente sus ojos con un perfilador y se echó perfume.

No había caído en lo tranquila que estaba la casa, y cuando ya estaba recogiendo sus cosas para irse, comprobó si había alguien.

— ¿Noriko? ¿Saito?

Nadie contestó. Habían pasado pocas semanas desde lo acontecido en el baile y los cuatro vivían en la lujosa mansión que tenía Saito en las afueras de la ciudad Tokiota. Al pasar corriendo por delante de una mesa, Seiya observó que había una nota escrita. Era la letra de Noriko y en ella se podía leer:

“Seiya, no olvides el partido, nosotros ya estaremos allí. Es a las 9:00 h. ¡No te retrases!”

Esto le puso aún más nervioso, pero salió disparado por la puerta y tomó el tren bala camino hacia la universidad, pensando que si tuviese ya sus alas podría haber llegado en un abrir y cerrar de ojos. Pero aunque así fuera, tampoco era muy conveniente, ya que era de día y los ángeles debían pasar desapercibidos ante los ojos curiosos de los humanos.

Llegó derrapando y sin aliento ante la puerta del pabellón de baloncesto. Tuvo que agacharse y apoyar las manos sobre sus rodillas para poder respirar.

— Casi no llegas, chaval.

Reconoció aquella voz, pero estaba tan fatigado que aún no podía enderezarse. Un hombre corpulento vestido de traje tiró un cigarrillo al suelo y lo pisó con unos zapatos caros de marca.

— Saito... ¿ha empezado?

— Aún no, pero falta poco. Tranquilo, recupera el aliento o te dará un infarto... Todos están ahí dentro —dicho esto sacó su móvil, hizo una llamada y habló mientras se alejaba a la vez que se encendía otro cigarrillo.

Tras recuperarse un poco, Seiya pasó al interior del pabellón y buscó con la mirada. Había gente en las gradas y el ambiente parecía estar animado.

— ¡Por fin has llegado!

— Lo siento, me quedé dormido pero...

— No soy tonta, seguro que ese idiota te dejó anoche hecho polvo.

— Noriko... —se ruborizó y miró a la chica que tenía delante. Noriko Hayashi iba inmaculada, vestida como de costumbre con un vestido gótico, medias de rejilla y botas altas. Mantenía los brazos cruzados con un semblante serio, pero luego se relajó y miró hacia la cancha. Seiya hizo lo mismo. El equipo estaba calentando antes del partido y a pesar de toda la gente que había, todos se hicieron borrosos en cuanto le observó. Él destacaba sobre el resto, él más alto, bello e imponente.

Seiya le miró completamente embelesado. Dayu Matsumura llevaba su pelo largo y rojo recogido en una coleta alta, algunos mechones de su flequillo caían por ambos lados de su perfecto e inmaculado rostro esculpido por los dioses. Enseguida este se giró un momento, sin dejar de botar el balón y sus miradas se cruzaron. Seiya sonrió ruborizado y alzó la mano para saludarle.

Dayu tenía el dorsal número uno y era el capitán del equipo. Y eso que hacía tan solo un par de semanas que se había inscrito para formar parte del mismo. Animado por Seiya y el resto, no se lo tuvieron que decir dos veces y tras una pequeña transacción poco legal por parte de Noriko a través de la base de datos de la universidad, Dayu Matsumura, como si fuese un estudiante más, se coló en aquellas instalaciones formando parte de las mismas y de aquel equipo. Ese sería su primer partido oficial de la temporada y ninguno quería perderselo, ni siquiera su antiguo rival y maestro, Kunimatsu Saito. Este entró de buen humor y se unió al resto mientras colgaba su teléfono móvil.

— Pareces contento, ¿a qué se debe? —preguntó Noriko mientras ya se dirigían a sentarse en las gradas.

— He apostado un millón por el equipo de Matsumura.

— ¿Un millón de yenes?

— Sí. —Noriko abrió la boca para protestar pero Saito la tranquilizó— Noriko, es una inversión segura, por fin podré sacarle buen provecho a esto.

— Pero si Matsumura no tiene ni idea de jugar al baloncesto...

— Así es, pero se te olvida algo mi querida Noriko, yo fui su maestro —dijo sin dejar de observar la cancha, una amplia sonrisa se dibujó en sus labios cicatrizados y cubiertos por algunos piercing de aro.

— Yo... le he visto entrenar, es muy bueno... —intervino Seiya.

— ¿Lo ves?

Entonces Noriko, con una actitud aún de desconfianza, observó a Dayu sobre la cancha, ya iba a dar comienzo el partido. Para suerte de Dayu, los de su equipo vestían camisetas y pantalones de color negro con franjas amarillas a los lados. Sus deportivas eran igualmente de color negro. No habría soportado llevar alguna otra cosa en un color diferente. Para Dayu todo tenía que ser negro, oscuro y gótico, aunque se tratase de baloncesto. No llevaba eso sí, sus habituales brazaletes y pulseras en sus brazos atléticos y cubiertos de llamas negras, solo unas muñequeras.

El pitido del silbato anunció el comienzo del partido y el balón cayó en manos del equipo contrario, el cual enseguida marcó el primer tanto, parecían bastante buenos. Dayu observaba a todos los contrincantes, escrutándoles minuciosamente, como estudiándoles, pero no intervenía mucho. El segundo tanto y otro tercero llegaron enseguida.

— Pues mal empieza... —observó Noriko con el mismo aire desconfiado.

— Tan solo espera, primero hay que estudiar al enemigo Noriko, localizar sus puntos débiles.

— Si claro, pero mientras tanto están perdiendo.

Ante este comentario Saito sonrió. En un momento dado, Dayu hizo una seña a Akatsuka y este asintió.

Kei Akatsuka había hecho daño tanto a Seiya como a Dayu en el pasado, un pasado que ni siquiera él mismo podía recordar debido al salto en el tiempo. Ahora era un compañero más; atrás quedaron aquellas amenazas que ahora no eran más que un vago recuerdo. Antes de conocer a Dayu, Seiya se declaró a Kei pero este le rechazó y le comenzó a hacer la vida imposible, hasta que llegó su ángel salvador. Más tarde Kei delataría a Dayu ante la policía. Sin duda aquel salto le había brindado a Kei una nueva oportunidad para vivir su vida de forma correcta, incluso ahora tenía un novio y eso que antes tenía muchos prejuicios contra la homosexualidad. Esto hizo gracia a Seiya pues en el fondo él sabía que era gay, solo que Akatsuka lo negaba. Lo que Seiya no sabía es que Dayu, para darle igualmente una lección, había besado a Kei cuando le encontró en el servicio con sus amigos, por lo que Dayu imaginó que, tras el salto en el tiempo, aquel beso había dejado una importante huella en el muchacho. Y es que nadie besaba como lo hacía Dayu Matsumura.

Ahora eran compañeros de equipo y tras realizar aquella señal, comenzó el verdadero partido. Kei pasó el balón a Dayu quien comenzó a botarlo con especial habilidad y fuerza. Corrió hasta la canasta y se elevó en el aire como si hubiese desplegado sus alas. Marcó un tanto. El pabellón estalló en aplausos y vítores. Y eso, fue solo el comienzo.

Habían confundido al equipo contrario con aquel inicio pero era ya la hora de que Matsumura pudiese lucirse, algo que le encantaba. Presumir de sus habilidades. En un increíble mate en el que la canasta se dobló hasta un límite imposible, Dayu dedicó aquel tanto a Seiya, ya que le miró fijamente, se besó la palma de la mano y le señaló en la grada alzando el brazo. Esto ruborizó a Seiya que se encogió en el asiento, sonriente, mientras aplaudía.

— Va ser el millón de yenes más fáciles de toda mi vida.

— Ni lo dudes.

Ahora Noriko estaba asombrada, le había subestimado y no la extrañaba que hubiese sido enseguida el líder del equipo.

De pronto, la chica agudizó su oído, la había parecido escuchar su nombre. La voz provenía probablemente de un par de gradas más arriba y a pesar del barullo algo había captado. Intentó concentrarse y entonces lo oyó claramente, de nuevo aquel absurdo rumor que se había extendido.

— ¿Viene al partido con su padre? ¿Quién es?

— Tiene pinta de policía.

— ¿Policía? ¿Es que no te has fijado idiota? Es un yakuza.

— Es muy sexy...

— Pues a mí me da miedo.

Ya había oído suficiente, Noriko chascó la lengua mientras se relajaba de nuevo mirando hacia el frente, con los labios muy apretados. Sabía que eran Anko y sus amiguitas, reconocía sus voces. No se llevaba en absoluto bien con ellas pues pertenecían a mundos completamente distintos.

— ¿Qué ocurre?

— Esas... *barbies* —bramó en un susurro— Creen que eres mi padre.

Con discreción, Saito las observó, conocía bien a ese tipo de chicas, de las que en el pasado solían rendirse ante sus pies fácilmente.

— Entonces, vamos a sacarlas de su error.

Dicho esto y siendo consciente de que les estaban observando, Saito pasó el brazo por los hombros de Noriko, la atrajo hacia sí y la besó. Un "oooh" de fondo dio paso a la elocuente mirada de Noriko, que se giró a propósito con una sonrisa en sus labios. Y realmente aquello daba más miedo pues jamás la chica las había sonreído de aquella manera, ya que creían que Noriko Hayashi no tenía emociones.

El equipo contrario ya no marcaba, allí tan solo había una estrella que brillaba. Dayu marcó la mayoría de los tantos y justo cuando faltaba un segundo para que finalizase el partido, tiró el balón con una sola mano desde el otro extremo de la cancha mirando a Seiya. Marcó aquel increíble tanto a la vez que le guiñaba un ojo y el pabellón se vino abajo. Fue una victoria fulminante.

— Presumido... —observó Saito con una sonrisa burlona, pues acababa de ganar un millón de yenes de la forma más sencilla y simple.

Todos se levantaron y se dirigieron a la cancha. Dayu felicitaba a sus compañeros y cuando observó a Seiya, a poca distancia con los brazos junto a su pecho, se dirigió a él con paso firme y le abrazó levantándole del suelo. Seiya voló, literalmente.

— ¡Chicos esto hay que celebrarlo! ¡Fiesta en mi casa esta tarde! —anunció Dayu cuando ya le depositó en el suelo.

— Pero será... —comenzó a decir Saito a regañadientes, pues realmente la casa de Dayu era su propia casa.

— No te enfades cariño, es lo menos que puedes hacer teniendo en cuenta lo que has ganado a su costa. — Noriko hablaba con sarcasmo.

— En eso no te quito razón.

Menos mal que Noriko estaba ahí para apaciguarle, ya que aunque Dayu y Saito eran aliados y en su día incluso algo parecido a amantes, chocaban mucho, era un milagro si alguna vez

no discutían. Aunque claro está, eso tan solo era en apariencia, pues realmente se necesitaban el uno al otro.

Todos fueron a la fiesta, incluso Anko y sus amigas, aunque Noriko sabía perfectamente que estas venían a cotillear. Se las encontró en la puerta, aún no se atrevían a pasar. La gótica se plantó delante de ellas con los brazos cruzados.

— Vaya, ahora de repente acudís a mi casa. Aunque bueno, realmente es la casa de mi novio, pero eso seguro que ya lo sabíais.

— ¿Podemos pasar? —preguntó Anko, pero no lo dijo de malas formas.

— Claro, ¿por qué no?

Mientras las chicas se descalzaban y se ponían unas zapatillas, Saito apareció frente a ellas y tomó a Noriko por la cintura.

— ¡Ah! Veo que han venido también tus amigas.

— No son mis amigas —dijo entre dientes con una sonrisa forzada.

Todas se quedaron ahora mirando al imponente yakuza. Como se trataba de una fiesta informal, Saito llevaba unos vaqueros desgastados y una camiseta tan ajustada que se marcaban hasta los músculos de su abdomen. Inclusive se había dejado su largo pelo negro suelto, lo que le daba aún un aspecto más joven. Este inclinó la cabeza y las demás hicieron lo mismo, procurando que no se les cayese la baba sobre el suelo de madera.

— Soy Saito, bienvenidas a mi casa.

Tras un codazo de Rika a Anko, esta salió de su letargo.

— Ah, sí... yo soy Anko y estas son Rika y Megumi.

— Un placer.

Todas pasaron al interior, coloradas como tomates y lo más deprisa que les permitía las piernas.

— ¿Por qué no intentas ser su amiga?

— ¿De esas barbies? No tenemos nada en común.

— Si hay algo que he aprendido de las mujeres es una cosa: a todas os gusta hablar de hombres. —una mirada elocuente que Noriko no pudo resistir. La chica se marchó gruñendo, pero fue tras ellas.

— ¿Cómo os conocisteis?

Anko no pudo resistirse a formular aquella pregunta. Todas tenían en las manos los refrescos que les acababa de entregar su anfitriona. Se podría decir que aquella era la primera vez que Noriko intentaba ser sociable. Pero no por ello podía evitar hablar con cierto sarcasmo, aunque realmente aquello podría llegar a ser divertido.

— Me cayó del cielo —dio un sorbo a su refresco light y observó que Megumi juntaba las manos, embelesada.

— Como un ángel...

Noriko escupió el sorbo que había dado y tosió.

— No en serio, venga, cuéntanoslo —la animó Rika.

— Está bien... —se rindió Noriko, sabía que evidentemente no podía contar la historia con pelos y señales. — Saito es el primo de Matsumura. — se la ocurrió decir, recordando aquella mentira que dijo Saito en el hospital, la primera vez que le vio— Le conocí durante un viaje a México, él iba por negocios.

— ¿Es de la Yakuza?

— Sí.

— ¿Cuántos años tiene?

— Treinta y seis.

— Vaya...

— ¿Y vosotras? ¿Os gusta alguien? Siempre os he visto ir detrás de Seiya. —a la propia Noriko la sorprendió lo que acababa de preguntar y lo había hecho de una forma natural.

— Uy sí, Seiya es muy mono —se adelantó Rika.

— Más bueno está Matsumura —dijo Anko.

— Forman una pareja perfecta, ¿no creéis? —concluyó Megumi. Todas asintieron y rieron.

Ahora Noriko estaba sorprendida, no lo estaba pasando tan mal. Sin duda había juzgado mal a sus compañeras.